

cer con vigor; pero da entónces más madera que fruto. Si el terreno está bastante húmedo, sus raíces no tardan en podrirse y en ser picadas de los gusanos. Las tierras volcánicas son, sin disputa, las más favorables á la vegetacion y produccion del algodón. En las que están compuestas de una arena fina mezclada con una suficiente cantidad de tierra arcillosa ó calcárea, y una cierta porcion de detritus vegetales, produce algodón de mejor calidad en mayor cantidad y que llega más fácil y prontamente á una madurez completa. En fin, el algodón puede cultivarse con buen éxito en los terrenos medianamente buenos, y en los que será muchas veces difícil obtener otras cosechas.

Como su principal raíz penetra á una profundidad bastante grande, y sus raíces laterales tienden á extenderse con libertad, se necesita para este arbusto una tierra floja y muy menuda, que por consiguiente haya sido preparada por labores anteriores, ya con el arado, ya con el azadon, segun la naturaleza y extension del terreno ó las proporciones del cultivador. Las labores con el azadon son preferibles; pero en una grande explotacion, costarán demasiado. Cuando el terreno destinado al plantío del algodón, ha estado por mucho tiempo baldío y se encuentra lleno de yerbas ó de malezas, es necesario repetir las labores hasta que quede completamente limpio; esto es lo que se hace en algunos lugares en España. Se comienza por hacer uso del arado, y despues con el azadon se hacen dos ó tres labores profundas. De esta manera se despoja enteramente el terreno de las raíces y plantas parásitas, se afloja la profundidad conveniente, y se consiguen buenas cosechas que indemnizan los primeros gastos. En las tierras cultivadas bastan tres labores con el arado: una al fin del Otoño, la segunda al principio de la Primavera, y la tercera inmediatamente ántes de sembrar. Las dos primeras abren el seno de la tierra á la accion del aire y del sol y á las influencias atmosféricas, y la última la dispone á recibir la semilla. Los chinos siguen este método; aún tienen el cuidado de rastrillar la tierra en cada labor, y la abonan ántes de la última.

En las Antillas, en vez de labrar enteramente el terreno con-

sagrado al algodón, se hacen anchas fosas con intervalos convenientes, como por ejemplo, á la distancia de cuatro piés sobre cinco, ó de cinco sobre seis, cuidando que los árboles estén ménos distantes unos de otros en las hileras que presentan el flanco á los vientos, que en las que tienen una direccion contraria; esta disposicion hace que la circulacion del aire sea más igual. Las fosas deben tener diez y ocho pulgadas de profundidad y un poco más de un pié de ancho. Se debe evitar darles la forma de embudo; porque entónces las raíces que buscan la tierra floja se dirigirían todas hácia el centro, y se entrelazarían de tal manera, que al arrancar las plantas superfluas se maltratarían las que deben permanecer.

El algodonal puede más fácilmente dispensarse de abono que otras muchas plantas; sin embargo, es necesario que el terreno tenga alguno, si se quieren conseguir buenas cosechas, sobre todo cuando el suelo es estéril. Aunque toda especie de abono puede emplearse con ventaja, se debe, sin embargo, preferir el que la naturaleza del terreno parezca exigir. Así, pues, un terreno arcilloso exige estiércol cálido, como al de carnero, etc., y recíprocamente. En general el abono ligero, pulverulento y fácil de esparcir, es mejor que el que hubiere sufrido una grande fermentacion. En la costa de Malubar se conservan los excrementos humanos en grandes fosas, en donde se echa arena y tierra ligera. Con esta mezcla se forman tortas que se dejan secar, que despues se quiebran, y cuyo polvo se esparce en los campos de algodón. Se acostumbra tambien en esta costa inundar las tierras por algunos meses, para mejorarlas por la permanencia de las aguas; porque los depósitos fangosos formados por los rios y las avenidas convienen muy bien al algodonal. Los chinos miran como un buen abono para este cultivo los mismos fangos de los canales, zanjas y charcos; emplean tambien el gabazo que queda despues de haber exprimido el aceite de las plantas oleaginosas y las cenizas de toda especie, sobre todo las de las raíces, hojas y cortezas de los algodones del año anterior. Se debe abonar el algodonal en la época de la primera labor, ó al ménos entre las dos últimas; proporcionar la cantidad de abono que ne-

cesita el terreno, é introducir el estiércol á una profundidad tal, que las raíces del algodonal, aun las más largas, puedan tener una nutricion abundante.

DE LA ELECCION DE LA SEMILLA.—ÉPOCA Y MODO DE SEMBRARLA.

La semilla del algodón conserva la propiedad de germinar durante dos ó tres años, aunque una gran parte de las semillas del algodón de América la pierdan al cabo de algunos meses, y muchas aún despues de algunos dias. Esta semilla, teniendo una corteza muy dura, necesita humedecerse ántes de sembrarla: nace despues de tres, cuatro, cinco ó siete dias, segun la especie. Una ligera lluvia apresura su germinacion; pero una lluvia que dure mucho, la destruye muy pronto. Si cuando ha llovido, no nace al cabo de siete dias, se puede asegurar que se ha podrido. Sin lluvia puede conservarse enterrada muchos meses. Sus partes aceitosas, su corteza resistente, y una ó más pulgadas de tierra, la garantizan suficientemente contra la impresion del calor.

No todas las semillas de una misma planta son igualmente buenas; se deben desechar las que provienen de cápsula, que han sido recogidas medio abiertas, ó que se han hecho secar al sol ó en el horno. Con frecuencia se encuentran en una cápsula bien abierta, semillas que no han adquirido una madurez completa. Esto se conoce por su color ménos subido; están manchadas de blanco, y de ordinario son más pequeñas. Estas semillas alteradas sobrenadan cuando se echan en agua. Sin embargo, esta prueba aplicada á todas las semillas de algodón, no siempre es segura, porque las especies muy secas ó cubiertas de una cierta cantidad de pelusa, no se sumergen en el agua, aunque su almendra tenga las calidades propias para la vegetacion. La más pesada y más dura es la mejor. Se deben preferir siempre las semillas de un año ó las que se acaban de cosechar.

Como las semillas del algodón conservan, aún despues de ha-

ber pasado por el molino, una pequeña cantidad de filamentos tenaces que por su entrelazamiento las hacen aglomerar, para separarlas se mojan y se rocían con arena, ceniza, tierra muy menuda ó estiércol pulverizado. Se frotan despues una con otra, y esto basta para separarlas. Sin esta operacion sería imposible sembrarlas como se desea, de una manera igual. Se perderían muchas, y al germinar se estorbarían unas á otras.

La época de la siembra no se puede fijar de un modo determinado; es necesariamente relativa al clima. En los países situados bajo la línea, ó entre los trópicos y en sus inmediaciones, se debe sembrar inmediatamente despues de los solsticios, sea de Invierno ó de Estío, segun el hemisferio en que se habita, á fin de que los algodones tengan tiempo de adquirir una fuerza suficiente para revestir los grandes calores. En los climas ménos cálidos, y en donde sin embargo no hiela, el tiempo de los equinoccios es el más favorable; más en los países templados, donde los inviernos, aunque benignos se hacen sentir; sin embargo, no se debe confiar á la tierra la semilla del algodón, mas que cuando ya no son temibles las heladas, aún las más tardías.

En los países situados en el hemisferio austral se debe sembrar hácia el fin de Marzo ó principios de Abril. Así, pues, en España, Ivica, Malta, todo el Levante, en la China, y bajo todas las latitudes correspondientes con poca diferencia á la de la Córcega ó de Nápoles, esta es la época que se prefiere para la siembra; se debe retardar ó acelerar más ó ménos, segun la naturaleza del terreno, las temperaturas locales y las estaciones que han precedido.

Se siembra el algodón de diferentes maneras; en fosas, en agujeros, manteada ó en surcos.

Ya he dicho algo del método de fosas, que es el que se emplea exclusivamente en las Indias Occidentales; yo no sé que se use en otras partes. En dichos lugares es el que ofrece más ventajas. En primer lugar, es ménos dispendioso que el de labores enteras, aún hechas con arado; el terreno en que vegetan las matas se conserva más fresco, punto esencial en los países donde llueve rara vez, y donde la tierra está calentada todo el año por los

rayos de un sol ardiente. Si esta tierra fuese arada y desmenuzada en toda su extension, se secaría pronto, y una parte se la llevarían los fuertes vientos que reinan en estas regiones. Este método tiene además la ventaja de impedir que las raíces del algodón se extiendan de una manera viciosa, oponiéndose á su gran desarrollo una tierra dura, que las mantiene en la porción de esta tierra que se les ha preparado y que es suficiente para su nutricion. Es cierto que en las fosas muy estrechas ó poco profundas no podrían extenderse bastante las raíces, y se verían obligadas á doblarse como si estuviesen encerradas en un vaso, quedarían privadas de los jugos nutritivos de la tierra que las rodea, y sufrirían por lo mismo. Este es el único inconveniente del método de fosas; pero es fácil evitarlo dándoles las dimensiones convenientes de que ya he hablado. Despues de haberlas cavado se llenan con tierra floja hasta el nivel del suelo. Si se dejara á esta tierra mucha elevacion, se la podrían llevar junto con la semilla los fuertes aguaceros. Si al contrario, formarían huesos, las aguas llovedizas depositadas en éstos, podrían la semilla.

Todas las tardes es necesario sembrar las fosas que se han abierto en el dia; pues siempre vale más que la semilla espere la lluvia, y no el labrador. Se aprovechan tambien así las primeras lluvias; no hay que temer que se pudra la semilla; el crecimiento de otras yerbas no precede al del algodón, y las sembrerías no sufren ningun retardo perjudicial. Se echan en cada fosa cuatro ó cinco granos á la distancia de tres ó cuatro pulgadas, y á una pulgada de profundidad cuando más. Si se enterrarán más, quedarían privados de las influencias atmosféricas, y germinarían ménos fácilmente; si estuviesen ménos cubiertas, podrían ser arrastrados por las lluvias. Es conveniente sembrar cuatro ó cinco granos, con el fin de poder en seguida quitar dos ó tres plantas de las más débiles: la distancia indicada es necesaria para que se desarrollen con libertad las plantitas, pues importa que las primeras que nacen no estorben á las otras.

El método de sembrar en agujeros difiere del de fosas, en que aquellos se hacen en la superficie de un suelo que no ha sido

convenientemente labrado en toda su extension, y á la profundidad requerida por su naturaleza y situacion; este método es generalmente empleado en Malta y en España. Se hacen con un azadon agujeros poco profundos sobre líneas dispuestas en trespulillo á la distancia de 18 á 30 pulgadas, y se echan en cada agujero cuatro ó cinco granos que se cubren con pulgada y media ó dos pulgadas de tierra muy menuda.

La siembra manteada es el método más pronto de todos. Así se siembra el algodón en las Indias Orientales, en China y en el Levante; mas esta siembra presenta muchas desventajas. Las semillas no son enterradas á la misma profundidad; las plantas se encuentran á distancias desiguales, lo que hace la escarda trabajosa. Es más difícil aún reconocer y cuidar cada plantita en medio de las otras yerbas que la ocultan y embarazan. Cuando hay necesidad de riego, no se puede conducir ni distribuir éste de una manera conveniente y económica; por fin, la cosecha no se hace bien. La siembra manteada de algodón se hace con poca diferencia como la del trigo. Despues de haber separado los granos como se ha dicho ya, se esparcen á puñados sobre el terreno, procurando hacerles caer á distancias convenientes y no muy aproximadas. Se entierran en seguida con el arado, y deben cubrirse con una capa de dos dedos de tierra. Se empareja luego el terreno con el rodillo ó la rastra, teniendo cuidado de romper los terrones.

La siembra en surcos no tiene los inconvenientes del método anterior, pero es más dispendiosa. En España, en las inmediaciones de Motril, se sigue un método particular. Se trazan á distancias convenientes y en el mismo sentido, surcos cortados por otros á ángulo recto, y en todos los puntos de interseccion se hace un pequeño agujero, en el cual se deposita la semilla.

No hablo de la siembra por almocafre, porque no puede emplearse mas que en los jardines ó en las pequeñas explotaciones.

CUIDADOS QUE DEBEN DARSE AL ALGODONAL HASTA LA ÉPOCA
DE SU FRUCTIFICACION.

Quando la tierra está bastante húmeda y el calor es fuerte, las semillas del algodón germinan regularmente en el espacio de siete á ocho días. En un terreno muy seco permanecen estacionarias, y es necesario esperar la lluvia; por el contrario, en los muy húmedos, en lugar de germinar se pudren; es necesario entonces resembrar. Apenas nace la plantita cuando se encuentra rodeada de malas yerbas. Ella las domina al principio; pero despues éstas la pasan, y al cabo de dos ó tres semanas, aquella se encuentra oprimida. Este es el momento de hacer la primer escarda. En esta época la sávia, dirigiéndose á las raíces, el tallo crece muy lentamente, y si es sofocado por las plantas parásitas, tenderá á elevarse y se marchitará; la sávia se encontrará extraviada, las raíces se debilitarán y la plantita de algodón permanecerá siempre endeble, por muchos cuidados que se le prodiguen despues.

Es necesario repetir con frecuencia estas escardas, porque esta planta, á medida que crece, necesita mayor nutricion. Las yerbas arrancadas se deben tirar y quemar fuera del algodonal. En algunos países se amontonan al pié de los algodonales; esta práctica es mala porque seca la corteza, no deja que la lluvia penetre hasta las raíces y sirve de abrigo á los insectos dañinos. Hasta que las plantas no hayan adquirido la altura de diez y ocho pulgadas, para no maltratarlas se deben limpiar con los dedos, ó con una especie de hoz pequeña que se puede dirigir segun se quiera. Este es el instrumento que los españoles usan para esa operacion. En la segunda escarda se entresacarán las plantitas, arrancando de preferencia las más débiles; en la tercera se despejan otra vez, quitando siempre, como en el caso anterior, las ménos elevadas y las más débiles. En esta operacion se debe tener cuidado de no aflojar ni maltratar las raíces de las que deben permanecer, y en caso de que suceda esto, se afirmarán inmediatamente. Aunque es mejor no dejar mas que una

planta en cada fosa; sin embargo, algunas veces pueden quedar dos sin inconveniente, con tal que no estén muy aproximadas y que sean de igual fuerza.

En algunas comarcas de España y en algunas islas de la América, hay la costumbre de aterrar el pié de la algodonera. "Este método, dice M. de Lasteyrie, que merece ser experimentado comparativamente, puede tener algunas ventajas, ya porque preserva las raíces de un aire cálido y les conserva mas humedad, ya porque hace nacer nuevas raíces que sirven para alimentar el tallo en las especies vivaces, cuando éstas comiencen á hacerse ménos productivas." M. de Rohr parece ser de una opinion contraria. El abrigar con tierra el pié del árbol, dice este autor, tiene grandes inconvenientes, pues aunque es cierto que de esta manera produce nuevas raíces arriba de las primeras, éstas, sin embargo, estando muy profundas, quedan privadas de la lluvia y de los principios que debían alimentarlas, se secan y acaban por podrirse cuando viene á mojarlas una lluvia demasiado abundante. El árbol, despojado de sus raíces, sólo existe por medio de los filamentos formados alrededor de la parte quemada, de donde se sigue que perece á consecuencia de la sequedad. Las yerbas, por otra parte, vegetan con más vigor en el monton de tierra que en las otras partes del campo, y cuando se quieren destruir con el azadon, se descubren y quiebran las nuevas raíces. Si para evitar este inconveniente, se deja crecer el árbol sin escardar el monton, no disfruta entonces las influencias atmosféricas, y cada año es necesario volverlos á plantar. Se puede aún agregar, que los temporales que sobrevienen arrastran una gran parte de la tierra amontonada, y la que queda se aplana y el árbol se conserva. Entre estas dos opiniones, el cultivador prudente adoptará la que le parezca más conforme á sus observaciones; porque creo, que aterrando el pié de los algodonales, se pueden conseguir en unos casos buenos resultados, mientras que en otros es desventajoso. Sobre este punto se debe consultar la naturaleza de la especie que se cultiva, la del terreno y el curso de las lluvias, de los vientos y de las tempestades más ó ménos fuertes y frecuentes.

¿Se deben capar los algodinales tiernos cuando han llegado á cierta altura, y desbotonarlos más tarde?

¿O se debe dejar crecer el tallo y las ramas en libertad? Los cultivadores no están de acuerdo sobre este punto. M. de Rohr cree que capando la planta, su desarrollo es menor y sus productos ménos abundantes. Sin embargo, se practica esta operacion con buen éxito en Sicilia, en Malta, en Calabria y en la China. Los chinos no se contentan con capar el tallo; capan tambien las ramas, y hasta las hojas grandes con el fin de hacer refluir la sávia, y conseguir de esta manera que el árbol se cubra de frutos. En España, segun M. de Lasteyrie, no se capan ni desbotonan los algodinales, sino que se podan al fin del primer año y en los siguientes. "Estos diversos tratamientos, dice este autor, empleados en un arbusto que difiere poco en sus especies, son debidos no sólo á la naturaleza de estas mismas especies, sino mucho más aún á la diversidad de los climas. Hay algodinales que se elevan hasta veinte y veinticinco piés, y otros que no pasan de dos ó tres. Los primeros pueden compararse á nuestros árboles frutales que necesitan desarrollarse libremente, y que perecen cuando cortándoles la extremidad de su tallo ó de sus ramas, se impide su crecimiento; los segundos, al contrario, participan de la naturaleza de los arbustos, que soportan más fácilmente la poda, y que muchas veces se hacen así más productivos.

"La diversidad de climas demuestra mejor aún la exactitud de la observacion que ha inducido á los labradores á adoptar diferentes sistemas de cultivo. Cuando el algodinal crece en un terreno indígena, disfruta de todas las facultades que la naturaleza le ha concedido, y todos los elementos favorecen su vegetacion. Sus ramas se multiplican entónces á proporcion que el tallo se eleva y se cubren de flores y de frutos que se maduran fácilmente. El mismo árbol trasplantado en climas ménos cálidos y en donde por consiguiente no puede gozar de una fuerza de vegetacion tan poderosa, tiende siempre, sin embargo, á llegar á las dimensiones que la naturaleza parece haberle determinado; se va en vicio produciendo ramas, flores y frutos, y no encuen-

tra ya en sí mismo la fuerza necesaria para que estos últimos lleguen á una madurez completa; por consiguiente, debe ser mucho ménos fecundo.

"Con efecto, los labradores han observado que el algodinal abandonado á toda su fuerza de vegetacion, en climas donde el calor no es el que corresponde á sus exigencias, empleaba en producir ramas y ramillos una sávia que, diseminada en un gran número de partes, no era suficiente para desarrollar y nutrir cada fruto; han observado tambien que suspendiendo la vegetacion del tallo ó de las ramas, era menor la cantidad de flores y de frutos; pero que estos últimos adquirirían entónces una madurez completa."

Resulta de estas observaciones, que en los climas templados es ventajoso el podar los algodinales. Se pueden aplicar los mismos principios al destronamiento; sin embargo, rara vez se desbotonan las especies que deben durar cierto número de años. Esta práctica es desconocida en España, en donde el algodinal vive hasta diez años, cuando no es destruido por las heladas ó algunos otros accidentes; pero es indispensable desbotonar la especie llamada anual, y todas aquellas que sólo se quieren conservar un año. Mucho tiempo ántes del desbotonamiento y cuando la planta tiene cerca de un mes, se debe tener cuidado de cortar las ramitas laterales que nacen sobre el tallo, con el fin de que se ponga más copado el árbol en la parte superior. Esta operacion se repite cada vez que los retoños se reproducen, y hasta que los frutos están para formarse, es cuando se comienza á desbotonar. Se corta entónces la extremidad de las ramas, y con ellas las flores y los frutos que no tendrían bastante tiempo para madurar ántes de los frios y las lluvias del otoño. La sávia que habría sido empleada inútilmente en nutrirlos, la aprovechan los que quedan.

Quando se han entresacado los algodinales, los espacios que los separan presentan un terreno muy limpio, en el cual, mientras que estos árboles adquieren todo su desarrollo, se pueden cultivar plantas comestibles ú otras plantas muy útiles. Se deben excluir las que son trepadoras ó voraces, las que se elevan

demasiado ó que cubren enteramente el suelo; por fin, las que están sujetas á ser atacadas por la oruga.

La época de la florecencia del algodonal varía segun los países y los climas. En España florece en el primer año, cuatro meses despues de nacida; en el segundo y los siguientes, si ha sido podado, se cubre de flores á los tres meses.

Cuando comienza la florecencia se deben suspender las escardas, pues el menor movimiento que sufriesen los piés haría caer las flores. Desde este momento-hasta el de la perfecta madurez de las semillas y del algodón, trascurren ordinariamente setenta dias, en cuyo intervalo el fruto se madura poco á poco. La cápsula se abre insensiblemente por su parte superior, y sus copas se escapan á proporcion que su madurez avanza; de manera que se encuentran cápsulas semi-maduras que dejan escapar una porcion de algodón seco y elástico, miéntras que la otra mitad contenida en su cápsula está húmeda, y se asemeja á una especie de papilla. Se concibe fácilmente que las cápsulas no se deben recoger sino hasta despues de su completa madurez, lo que tiene lugar cuando sus válvulas están enteramente abiertas, y los copos han adquirido un desarrollo completo. Cuando en la época de la cosecha viene un dia caluroso despues de abundantes lluvias, las cápsulas que se encuentran entónces medio abiertas se secan, pierden la facultad de abrirse, y el algodón se echa á perder.

DE LA COSECHA.

El producto del algodonal, en igualdad de circunstancias, es siempre proporcionado á la posición y direccion de sus raíces. Miéntras más han tenido éstas que alejarse de la perpendicular, ménos abundante será la cosecha del arbusto. Al contrario, producirá más si su raíz principal ha podido penetrar profundamente, y el árbol se conserva por muchos años, sobre todo, si al fin

del primero se ha tenido la precaucion de cortar el tronco cerca del suelo. Las ramas del algodonal se desparraman al nacer del tronco, alejándose pocas pulgadas unas de otras; su grosor varía. Las más pequeñas no dan fruto, y perecen ordinariamente á los dos años, así como las medianas que dan pocos. Las ramas gruesas adquieren una longitud de cinco á siete piés; las inferiores son siempre las más largas y las más fuertes; á proporcion que se acercan al vértice, se hacen más curvas y están más juntas. Estas ramas producen ordinariamente un gran número de frutos, y la cima del árbol es la que da siempre la mayor cantidad.

Cuando la estacion ha sido favorable, se comienza á cosechar el algodón seis ó siete meses despues de haberlo sembrado. Esta cosecha puede durar tres meses. En algunos países se hacen dos; la primera siempre es la más abundante. En general, se deben arreglar los plantíos de manera que se haga la siembra en un tiempo húmedo, para el pronto desarrollo de los gérmenes, y que la cosecha pueda hacerse en un mes caluroso, pues el algodón debe recogerse seco y limpio; la humedad lo haría fermentar. En la zona tórrida se puede cosechar en todas estaciones. En España se cosecha desde los últimos dias de Setiembre, hasta que los frios comienzan á hacerse sentir. En esto se ocupan las mujeres y los niños, que van todos los dias al campo con un cesto en la mano, y en sacos el algodón que está ya bien maduro. El plantío es pequeño, hasta los cuatro ó cinco dias repiten la operación, y cada semana solamente, cuando el algodonal es considerable. Por lo comun en tres ó cuatro veces queda terminada la cosecha. El algodón de la primera, es más estimado que el de la segunda, y éste último más que el de la tercera. Las cápsulas que no se han abierto y que se dejan á los espigadores, dan una cuarta calidad muy inferior, que se emplea para usos comunes.

Miéntras se madura el fruto del algodonal, ántes de haber adquirido una completa madurez, su cáliz se marchita, se seca, y cae bajo la forma de polvo cuando se toca; este polvo se esparce entónces sobre los copos y los ensucia. Para evitar este inconveniente, es necesario no dejar el algodón en el árbol más de

ocho dias despues de su madurez. Los copos, por otra parte, se los lleva el viento, se retuercen ó se pudren en el suelo con el rocío y las lluvias. Conviene siempre recoger el algodón entre la salida y puesta del sol. Se diferirá la cosecha uno ó dos dias cuando haya sido mojado por la lluvia, ó cuando el estado de la atmósfera lo anuncie. En algunos países del Oriente se recoge con sus cápsulas, y para impedir que las hojas secas del cáliz se quiebren y se mezclen á los filamentos del algodón, que ensuciarían, se hace la cosecha, ó en un tiempo húmedo ó cuando todavía está cubierto de rocío; pero de esta manera se expone á los nocivos efectos de la humedad, pues es más difícil secarlo junto con el fruto que cuando está separado de él. El mejor modo de hacer la cosecha, es el de dejar la cápsula pegada al árbol, y quitar con los tres primeros dedos los copos que salen fuera de las válvulas, teniendo cuidado de sacudirlos ántes de echarlos al saco, si se ve que tienen algunos insectos. Si se arrancara el algodón con toda la mano, se cogería muchas veces la cápsula, en la cual se quedarían aplastados los insectos. Se debe desechár el que está manchado ó podrido; pues no puede mezclarse con las buenas calidades, y por lo mismo debe cosecharse por separado. Al cortar las cápsulas, se debe procurar no quebrar las ramas, porque esto haría abortar las cápsulas todavía verdes. En los plantíos en que están dispuestos los algodones en líneas rectas, la cosecha es fácil, y no se olvida ni se maltrata ningun árbol; pero cuando están dispuestos sin orden, es difícil evitar que no se quiebren muchas ramas, ó que no se pasen algunos árboles sin recoger su fruto. Por esta razón, la sementera regular en tresbolillo ó de cualquiera otra manera, debe preferirse á la que se hace manteada.

En los países templados, donde el calor no es permanente, y en aquellos en que no dura más allá del equinoccio de Setiembre, luego que comienzan las lluvias y los frios debe uno apresurarse á cortar las cápsulas, que sin estar maduras y abiertas han adquirido todo su grosor, y que secándolas al sol ó al calor del horno, pueden dar todavía un poco de algodón inferior. Algunos labradores, en vez de cortar todas las cápsulas, cortan la

extremidad de las ramas y las hacen secar así. Este método puede emplearse con ventaja en los plantíos pequeños.

No hay en el reino vegetal producto que atenga la humedad más pronto y en mayor cantidad que el algodón, ni que la conserve por más tiempo. Una libra de algodón secada al sol, dice M. de Rohr, y guardada despues en un cuarto muy húmedo, atrae en una sola noche cuatro onzas y media de vapor de agua, que es difícil reconocer al tacto. Importa mucho, por lo mismo, poner el algodón despues de la cosecha en un almacén bien seco hasta el momento de separarlo de la semilla, y de enfardarlo. Los pilares ó postes que sostienen el almacén, deben estar provistos de una especie de conos ó embudos de hoja de lata, para impedir que las ratas se suban por ellos; porque á estos animales les gusta mucho la semilla del algodón.

Antes de hablar de los beneficios que exige esta planta despues de la cosecha, voy á hacer conocer los accidentes y las intemperies del aire y de las estaciones, á que está expuesta en el curso de su vegetación, las enfermedades á que está sujeta, y el daño que le ocasionan varios insectos.

tambien
los pá-

ACCIDENTES É INTEMPERIES Á QUE ESTÁ EXPUESTO EL ALGODÓN

Los huracanes en los países cálidos, en las Antillas sobre todo, y las heladas precoces ó tardías ó templadas, son los dos grandes azotes de los algodones. Un huracán puede destruir en un momento todo un plantío. Sus resultados más ó menos nocivos, se hacen sentir en razón de la resistencia que oponen los árboles al viento. Cuando se ha dirigido bien la siembra, las plantitas tiernas son las que sufren menos; en pocos dias se vuelven á levantar, mientras que los árboles viejos que el huracán ha doblado, no se enderezan sino hasta despues de muchas semanas, y con frecuencia quedan doblados para siempre. En este último caso se quedan las ramas quebradas y toda la palizada que ha-